

La vida, la muerte y la eternidad

De Maurice Migneault

Este texto está dirigido a personas que no conocen *El Libro de Urantia*, y tiene como objetivo presentarles de manera suave y respetuosa con sus creencias algunos conceptos y enseñanzas que nos aporta este maravilloso libro. Siempre debemos ser conscientes de que primero hay que crear confianza antes de presentar el conocimiento. Es importante saber lo que alguien necesita antes de ofrecerle cualquier cosa.

La vida

Si llenamos un vaso de agua, podemos decir con razón que contiene agua. Pero si lo depositamos en el fondo de un río, la evidencia nos ahorra decir que tiene agua, pues está sumergido. Lo mismo para el cuerpo humano: es inútil decir que contiene vida, pues está literalmente bañado en ella. Las fuerzas vitales que lo animan no se encuentran únicamente en el interior, sino que lo rodean por todas partes. Esto explica por qué la salud puede ser tan frágil y la vida tan tenaz. No sólo nos aferramos a la vida, ella también se aferra a nosotros. Por el contrario, sin decidimos abandonarla, no nos retendrá a la fuerza. La vida puede ser muy tenaz, pero no se aferra jamás a quien no la quiere. Por supuesto, hay gente que pretende sinceramente morir, pero lo que quieren de verdad es poner fin al sufrimiento, no a la vida.

Cuando un hombre y una mujer conciben un hijo no dan la vida, sino que la transmiten. Lo que transmiten está bien vivo, pero no es la vida en sí misma. Esta es mucho más grande y compleja como para poder contenerla. Cuando compran un ordenador, no compran Internet, sino la herramienta para utilizarla. Luego, ya se trate de un recién nacido o de una simple semilla de trigo, no es una vida nueva lo que surge, sino una nueva expresión de la vida. ¡Hay una gran diferencia!

Sin embargo, en nuestros esfuerzos por definir lo que es la vida de verdad, no debemos limitarnos a la descripción de los mecanismos biológicos que la albergan. También es importante considerar su utilidad, su razón de ser, su objetivo.

Nos sería difícil comprender qué es la música si únicamente fuéramos capaces de escuchar una sola nota. Así, no olvidemos que el cuerpo físico solo es el aspecto material de la vida. También hay un aspecto espiritual. Pero, ¿quién nos dice que entre estos dos extremos no se encuentra toda una escala de progresión? ¿Es concebible que podamos pasar directamente de nuestro grosero estado animal al estado sublime del espíritu puro?

Si hablamos de la vida, debemos hablar también de evolución, pues de alguna forma esta es su motor. La evolución no sucede por azar, se quiere y se planifica. Existe una parte de azar, claro, pero como en todo juego de azar, hay reglas que seguir. No se lanza desde cualquier parte o momento. Las algas debían aparecer antes que los peces para que estos tuvieran algo que comer.

Pero esta evolución biológica bien que debe tener un objetivo. Porque, ¿no sería la creación del pensamiento, y finalmente del pensamiento reflexivo, el requisito para la utilización del libre albedrío, uno de los elementos clave del crecimiento espiritual?

Cuando la evolución biológica alcanza su finalidad (el hombre pensante) permanece siempre activa, pero esta vez sobre otro nivel de existencia: el nivel espiritual. Si la evolución biológica consiste en un aumento progresivo de los resultados de la utilización de la energía, la evolución espiritual por su parte consiste en un aumento progresivo de nuestra capacidad de amar.

La muerte

Todo está vivo, ¡hasta la muerte! ¿Por qué no? Si es el fin de una vida, bien que debe ser el comienzo de la siguiente. Sea lo que sea, no se puede hablar de la muerte sin hablar de la vida. ¿Cómo describir la oscuridad sin hablar de la luz?

Podemos decir medio en broma que la muerte solo es ausencia de saber vivir. Pero esta afirmación no carece de sentido, porque una de las manifestaciones de la vida es la interacción continua con el entorno. Aquello que deja de interactuar, de reproducirse a sí mismo, que corta sus relaciones humanas, está moribundo y, en ese sentido, demuestra la ausencia de saber vivir.

A pesar de su carácter definitivo, la muerte solo es una de las etapas del crecimiento. Todo lo que está vivo debió nacer, crecer y reproducirse biológica, intelectual o espiritualmente. A continuación viene la fase del declive, la vejez, que termina con la muerte biológica. Este mecanismo electroquímico que es el cuerpo acaba entonces de desempeñar su papel. A continuación, por lo que respecta a lo humano, si el alma que albergaba está llamada a sobrevivir, continuará su crecimiento sin fin en uno o en otros mundos.

En el más allá tendremos seguramente ciclos de crecimiento como los de la vida animal sobre la tierra, pero la fase final de la “muerte” tomará otro sentido y se parecerá a un nacimiento, una transición.

Podemos establecer una analogía con el crustáceo que abandona su viejo caparazón para dar paso a otro nuevo y más grande. Este paso solo es para él un proceso natural de crecimiento. Esta transformación es comparable a la que nos espera fuera de nuestra envoltura carnal actual.

La eternidad

Hablamos con curiosidad de la eternidad, pero ¿cuál sería su atractivo si estuviera ausente de vida? ¿Y cómo podemos acceder a este estado sin fin, si no es gracias a nuestra alma? Puesto que es nuestro vehículo para el más allá, veamos más de cerca de qué está hecha...

De qué podría ser nuestra alma reflejo de nuestro crecimiento espiritual si no pudiera crecer. Y si puede crecer, es porque debió nacer algún día. ¿Pero de qué se puede nutrir? Se nutre de la contrapartida espiritual (la intención) de nuestros pensamientos y nuestras acciones. En todo lo que hacemos o pensamos, la intención siempre es lo que cuenta, ¡no importa si el resultado es desastroso!

Por tanto, este crecimiento del alma está basado en el valor moral de las decisiones que tomamos. Pero ¿de qué herramientas disponemos para tomar esas decisiones?

Disponemos de tres herramientas. La primera es el fragmento de Dios que nos habita y nos ofrece esa atracción hacia la verdad, la belleza y la bondad. La segunda herramienta se llama libre albedrío, y nos permite ser responsables de nuestras decisiones y tener el derecho soberano de crecer mediante nuestros errores. La tercera herramienta se llama personalidad, que también es un don de Dios y representa la continuidad en el cambio. No es ni la identidad, la cual se adquiere o se da, ni el carácter, que se forja mediante nuestros esfuerzos, sino algo diferente y único en todo el Universo. La personalidad es la que permite conservar ese frescor del alma que nos hace capaces, incluso a edad muy avanzada, de amar tan intensa y espontáneamente como se hacía a los cinco años.

Si no tuviera ese fragmento de Dios que le habita, el hombre sería como una brújula sin aguja. Si no fuera soberano gracias a su libre albedrío, no sería libre para tomar decisiones y no podría, en consecuencia, crecer gracias a ellas. Y por último, si no tuviera personalidad para unificar su vida, sería como una veleta bajo los vientos cambiantes de la adversidad.

Volvamos ahora a la eternidad. Si la consideramos de modo lineal, por una parte lo eterno pasado y por otra lo eterno futuro, debemos admitir que nos encontramos en alguna parte sobre esa línea. Y si estamos exactamente en el centro, eso querrá decir que no tendríamos más pasado que futuro, o viceversa. Esta demostración sería en sí la afirmación de que la eternidad tiene un fin. Luego eso no debe ser una buena pista para su comprensión.

La eternidad debe ser un eterno momento presente donde el tiempo no existe, y allí donde el tiempo no existe pasa lo mismo con las distancias, puesto que se miden en tiempo. Pero entonces surge otra pregunta: ¿qué vamos a hacer con todo ese tiempo que no existe?

Si firmamos un contrato para un trabajo temporal, es normal que sepamos cuáles serán exactamente nuestras tareas. Luego, ¿no sería normal saber lo que nos espera, al menos a grandes rasgos, antes de comprometernos con la eternidad?

Si estamos llamados a ser como Dios, podemos tomar como postulado que nuestra progresión espiritual no tendrá fin. Y, dado que es mediante la acción y en el servicio que se manifiesta nuestro avance espiritual, quizá en la eternidad seremos llamados a ayudar a otros mundos en crecimiento como el nuestro.

La mejor manera de aprender ¿no es la de enseñar?, y la mejor manera de amar, ¿no es ofrecerse en servicio a nuestro prójimo? Si esto es cierto ahora, ¿por qué no lo será también en la eternidad?

(Traducido al español por Maurice Migneault y Olga López)